

## DIA XIII.

## MARTIROLOGIO.

SAN ANTONIO, portugués, confesor, del orden de Menores, en Padua; ilustre por la santidad de su vida, por sus milagros, y por su predicación. (*Véase su vida en las de hoy.*)

EL TRIUNFO DE SANTA FELICULA, virgen y mártir, en Roma en la via Ardeatina; la cual no queriendo casarse con Flaco ni sacrificar á los ídolos, fué entregada á un juez, quien viéndola constante en confesar á Jesucristo, la encerró en una horrorosa cárcel, donde padeció grande hambre, y despues poniéndola en un potro mandó descoyuntarla con tal crueldad, que murió en el tormento: su cuerpo fué arrojado á una cloaca; pero S. Nicomedes lo sacó de aquel lugar indigno y le dió sepultura en la misma via Ardeatina.

LOS SANTOS MÁRTIRES FORTUNATO Y LUCIANO, en el Africa.

SANTA AQUILINA, virgen y mártir, en Gibelet de la Palestina, en tiempo del emperador Diocleciano y del juez Voluciano; la cual siendo de doce años de edad, confesó á Jesucristo, y por ello fué ahofeteada, azotada, y punzada con alesnas encendidas; y finalmente degollada, consagrando su virginidad con el martirio.

SAN PEREGRINO, obispo y mártir, en el Abruzzo; el cual por defender la fe católica le ahogaron los longobardos en el rio Pescara.

SAN FANDILA, presbítero y monge, en Córdoba; el cual fué martirizado en la persecucion de los árabes en España por defender la fe católica. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SAN TRIFILO, obispo, en Chipre.

## SAN ANTONIO DE PADUA, CONFESOR.

SAN Antonio de Padua, llamado así por la dilatada residencia que hizo en esta ciudad, dichosa tambien y rica porque posee el precioso tesoro de su santo cuerpo, nació en Lisboa, corte de Portugal, el año de 1195, y en el bautismo se le puso el nombre de Fernando. Fueron sus padres Martin de Bulloens y Maria de Tavera, ambos de antigua y calificada nobleza; pero aun mas que por ella, distinguidos por su virtud sobresaliente; en fuerza de la cual no perdonaron á medio alguno para dar á su hijo una educacion tan digna de su piedad como correspondiente á su ilustre nacimiento.

Ahorraron muchas lecciones á los maestros el ingenio, la inclinacion y el natural de Fernando, que desde luego dió señales de declararse alumno de la virtud. Era su padre oficial en el



S. ANTONIO DE PADUA.

ejército del rey D. Alfonso; y no pudiendo atender por sí mismo á la mejor crianza de aquel hijo, á quien por tantos títulos amaba tan tiernamente, le puso á pension en los canónigos de la catedral de Lisboa, en cuya escuela se dedicó principalmente á los ejercicios de virtud, y juntando á la ciencia de los santos la aplicacion y el estudio de las ciencias humanas, en poco tiempo llegó á ser tan virtuoso como sabio.

Al amor de la virtud se siguió naturalmente el tedio y el disgusto que le causaban todas las cosas del mundo. Conoció sus peligros, y resolvió huir de ellos, siendo todo su cuidado buscar en el retiro seguro asilo á su inocencia. Contaba solos quince años cuando tomó el hábito en los canónigos reglares de S. Agustin, cuya casa, con la advocacion de S. Vicente, está sita en un arrabal de Lisboa. En poco tiempo fué el novicio dechado y confusion de los mas antiguos, siendo el ejemplo y la admiracion de todos su fervor, su devocion y su cordura. Pero como las frecuentes visitas de sus parientes turbasen algun tanto la quietud de su retiro, pidió y obtuvo licencia de sus superiores para retirarse á la abadía de Santa Cruz de Coimbra. Luego que se vió en aquella dulce soledad, olvidando al mundo y á todo lo que en él amaba, se entregó á Dios enteramente. Distribuyó todo el tiempo en la oracion, en la leccion de la sagrada Escritura y en el estudio de los santos Padres, acabando de perfeccionar aquel inocente corazon la contemplacion y la penitencia. Tomó Dios de su cuenta el magisterio de Fernando, instruyéndole en la oracion; y descollando su mérito á pesar de su humildad, desde entonces le reconocieron todos por uno de aquellos prodigios de virtud que envía Dios á su Iglesia, haciéndolos desear por muchos siglos.

Ocho ó nueve años habia empleado nuestro Santo en estos fervorosos ejercicios cuando llegaron á Coimbra los cuerpos de cinco religiosos del seráfico padre S. Francisco, que habiendo pasado á Marruecos á predicar la fe de Jesucristo á aquellos mahometanos, recibieron en premio la gloriosa corona del martirio. Inflamóse el zelo de nuestro Fernando á vista de aquellos ilustrés mártires, y se encendió en su corazon un ardentísimo deseo de derramar á su imitacion toda su sangre por amor de Jesucristo.

Al deseo del martirio se siguió como naturalmente, el de trasladarse á una religion que ya daba mártires desde su misma cuna. Sobresaltó esta proposicion á los canónigos reglares; pero al fin, todo lo venció la constancia de Fernando. Tomó el hábito de S. Francisco el año de 1221; y no faltó quien contó esta mu-

danza entre uno de los mayores milagros que obraron los cinco mártires en mucha gloria de su orden. Dejó el nombre de Fernando con el hábito de canónigo reglar, y tomó el de Antonio en honor de S. Antonio abad, á quien estaba dedicado el convento donde recibió el franciscano.

Creció muy en breve el fervor de Fr. Antonio á vista de la pobreza evangélica, de la humildad religiosa y de la grande austeridad que profesaba la religion seráfica; tanto, que parecia no poder subir mas de punto el santo odio de sí mismo y desprendimiento de todo, y los ejemplos de la mas tierna devocion. Al mismo paso iba creciendo tambien cada dia el fervoroso deseo de derramar su sangre en defensa de la fe; impaciente ansia, que le hacia parecer importuno, solicitando incesantemente de los superiores la licencia para pasar al Africa, y dedicarse en ella á la conversion de los moros y de los sarracenos. Obtúvola finalmente; pero luego que se embarcó se sintió malo; detúvole la enfermedad en las costas de Africa todo el invierno, y sintiéndose cada dia mas débil, se vió precisado á restituirse á España. Distaba pocas millas del primer puerto, cuando un golpe de viento arrojó el bajel sobre las costas de Sicilia. Tomó tierra en Messina, donde tuvo noticia de que se celebraba en Asis un capítulo general de su orden, al que habia de asistir ó asistia ya el padre S. Francisco, y con las ansias de conocer al grande patriarca, se encaminó á aquella ciudad.

Luego que éste le abrazó, descubrió el precioso tesoro que se ocultaba en Antonio, dándole á entender las demostraciones de amor y de estimacion con que le distinguió. No así los demás padres guardianes á quienes se presentó; tuvieronle por un fraile inútil, y ninguno le quiso recibir para su convento. Movióse á compasion el P. Graciani, provincial de la Romanía, y llevándosele consigo, le asignó para el desierto de Monte-Paulo, que era un conventillo retirado en lo mas áspero de las montañas. No se le podia proporcionar á Fr. Antonio soledad mas de su gusto ni mas á propósito para que estuviesen ocultos sus milagrosos talentos. Mas al fin, se llegó el tiempo de que aquella antorcha resplandeciente se pusiese sobre el candelero, saliendo debajo del celemin. Enviado á Forli para que recibiese los órdenes sagrados, concurrió con muchos religiosos jóvenes de Santo Domingo que iban al mismo fin, y se hospedaron tambien en el convento de S. Francisco. Sobre comida rogó el padre guardian á estos religiosos que platicasen á la comunidad alguna cosa de edificacion; y habiéndose escusado todos, mandó á Fr. Antonio que lo hiciese. Subió al púlpito, y habló de repente con tanta

dignidad, con tanta elocuencia, con tanta energía, que asombrados todos, se quejaron de que estuviesen sepultados tan singulares talentos en la soledad de Monte-Paulo. Dió parte el guardian de este suceso al patriarca S. Francisco, y mandó el Santo que Fr. Antonio estudiase teología escolástica, antes que se le aplicase al ministerio de la predicación. Hizo en poco tiempo tantos progresos en ella, que el mismo patriarca le ordenó la enseñase públicamente, y á este fin le espidió una patente en estos precisos términos:

*A su muy amado Fr. Antonio, Fr. Francisco, salud en Jesucristo. Páreceme que esplices los libros de la sagrada teología á los frailes; pero de suerte, como sobre todo te lo encargo, que el ejercicio del estudio no apague en tí ni en ellos el espíritu de la oración, como lo previene la regla que profesamos. El Señor sea contigo.*

Obedeció el Santo, y enseñó teología con admiración en Bolonia, en Montpellier, en Tolosa y en Padua.

Es cierto que los errores del tiempo pedían un sabio teólogo; pero la licencia y el desorden de las costumbres no clamaban menos por un zeloso misionero. Fuélo S. Antonio, y con aquel género de fruto que solo es regular en los apóstoles. Hicieron tanto ruido los primeros sermones que predicó, que concurrían de todas partes á oírle. No cabiendo los auditorios en las iglesias mas capaces, se veía precisado á predicar en las plazas y en los campos; cesaban los negocios, cerrábanse las tiendas, y se suspendían todos los oficios hasta acabarse el sermón. A ningún predicador se le oyó nunca con mayor atención, ni con mayor silencio, ni con mayor ansia; pero tampoco ningún otro predicó con mayor fruto. Ordinariamente interrumpían el sermón los sollozos y los llantos, siguiéndose á ellos innumerables conversiones. Al acabar el sermón se veían frecuentemente venir á postrarse á los pies del Santo los mas empedernidos pecadores y los herejes mas obstinados; era tan grande el número de confesiones, que no bastaban para oírlas todos los religiosos ni todos los sacerdotes seculares. No es posible decir el fruto que hizo en pocos años. Predicó en las tierras del Estado eclesiástico, en la Marca Trevisana, en la Provenza, en el Langüedoc, en el Lemosin, en Velay, en el ducado de Berry; en Sicilia, y particularmente en Roma y en Padua, siendo casi infinito el número de conversiones que hizo en todos estos parajes. A la verdad, tampoco se había visto desde el tiempo de los apóstoles hombre mas poderoso en obras y palabras.

Raro enfermo dejó de recobrar la salud despues de haber reci-

bido su bendición; y se puede asegurar sin arrojó, que los milagros hechos por nuestro Santo, si no esceden, igualan á los mayores que se habían obrado hasta entonces, tanto en el número como en la calidad.

Confesándose un mozo con el Santo, se acusó de que había dado un puntapié á su misma madre. Afeóle Antonio este delito con tanta eficacia y con tanta viveza, que el pobre mozo, aconsejándose solo con el horror que le causó su atrevimiento y con el dolor de haberle cometido, se retira exhalado á su casa, entra en su cuarto, y córtase el pié. Noticioso el Santo de aquella indiscreta y pecaminosa penitencia, parte apresurado á buscarle, repréndele su indiscreción, pide el pié cortado, aplicale á la pierna, y queda de repente unido á ella á vista y con asombro de todos los concurrentes.

Hallábase en Padua cuando tuvo noticia de que su padre, acusado falsamente de un homicidio en Lisboa, estaba en peligro de ser sentenciado á muerte. Pide licencia al superior para marchar á Portugal, y en un instante se halla en Lisboa milagrosamente. Visita á los jueces, declara la inocencia de su padre; y viendo que no daban fe á su testimonio, los requiere que el cuerpo del difunto sea presentado en la sala de la audiencia. La novedad del caso había traído á ella toda la ciudad; pregunta al difunto, y le manda en nombre de nuestro Señor Jesucristo, que declare en voz alta y perceptible, si su padre era autor del asesinato que se había cometido en su persona; levantóse el cadáver, y declaró públicamente la inocencia del acusado; y hecha esta declaración, se volvió otra vez á componer en su féretro. La admiración y el pasmo que este suceso causó en los asistentes, es mas fácil de comprenderse que de esplicarse. Hizo Antonio una fervorosa plática á toda su familia, exhortándola á la virtud; y en un momento se vió restituido á su convento de Padua.

Quizá no tuvo jamás la herejía enemigo mas formidable. Desarmóla y confundióla. Predicó un dia en Tolosa sobre la realidad del cuerpo de Jesucristo en el sacramento de la Eucaristía; oyóle un famoso hereje, y le confesó que sus razones no admitían réplica, mas que para creer necesitaba un milagro. Bien está, le replicó el Santo, escoge el que quisieres. Pues el milagro que escojo, respondió el hereje, es, que mi mula, estando bien hambrienta, deje la paja y la cebada por postrarse delante de una hostia consagrada. Sea así, repuso Antonio; haz ayunar á tu mula el tiempo que te pareciere. Dejóla el hereje tres dias sin comer bocado, y al cabo de ellos toda la ciudad fué testigo del prodigio. Puesta la hostia consagrada delante del animal y

una cebadera bien proveida al otro lado, á pesar de la furiosa hambre que la incitaba, dobló las rodillas delante de la sagrada hostia, y hasta que se retiró no hubo forma de probar el pienso que la presentaban. No pudo resistirse la obstinacion á tan portentoso milagro. Convirtiése el hereje, y á su conversion se siguieron otras muchas.

Subió al púlpito en cierto pueblo marítimo lleno de herejes y de hombres perdidos; ninguno concurrió á oírle; vase á la orilla del mar, y lleno de confianza en el Señor, grita á los peces: *Pues no hay quien quiera oír la palabra de Dios, vosotros, que sois criaturas suyas, venid, y con vuestro rendimiento confundid la indocilidad de estos impíos.* ¡Prodigio extraño! llenóse la playa de peces, que sacaron luego las cabezas en ademan de atentos; hizolos una patética exhortacion sobre la omnipotencia del Señor, y los despidió echándolos su bendicion; milagro que obró la conversion de todo el pueblo.

Todo predicaba en S. Antonio; su modestia, su humildad, su mansedumbre, sus gratísimos modales. Primero ganaba los corazones, y despues los convertia. Apoderóse de Verona, de Padua, y de casi toda la Marca Trevisana el tirano Ezelino; llenó á Italia de carnicería y de terror, burlándose igualmente de las fuerzas de los príncipes confederados contra él, que de las escomuniones de los sumos pontífices; solo á S. Antonio se humilló. Púsole el Santo delante los ojos con tanto zelo y con tanta intrepidez el número y la enorme gravedad de sus pecados; afeóle sus crueldades con tanta eficacia y energía, que detuvo el curso de aquel precipitado torrente. Respetóle Ezelino; echóse á sus pies, y prometió convertirse. No lo cumplió; pero se contuvo mientras el Santo vivió, aunque despues de su muerte volvió á sus primeros desórdenes y tiranías.

Al mismo tiempo que Antonio trabajaba con tanto zelo y con tanto fruto en la conversion de los pecadores, no se olvidaba de atender á las necesidades de su orden. Habia sido electo por general de ella Fr. Elias, hombre ostentoso y arrogante, de espíritu muy contrario al del santo patriarca. Comenzó á introducir en la seráfica familia la relajacion y la licencia. Era Antonio provincial de la Romanía, y se opuso valerosamente á las novedades del general. Recurrió al papa Gregorio IX, en cuya presencia defendió aquel admirable compendio de la santa regla, que se llama *el Testamento de S. Francisco*, y conservó en la religion el vigor y el espíritu de pobreza y de austeridad que constituye su verdadero carácter. Citado á Roma Fr. Elias, fué despojado de su cargo; y como nuestro Santo solo se ha-

bia movido por el zelo de la mayor gloria de Dios, obtuvo licencia de su Santidad para renunciar su empleo, con privilegio de que nunca se le pudiese obligar á ninguno otro de la orden. Quiso el papa detenerle en la corte para servirse de su consejo en los negocios de la Iglesia; pero Antonio, suspirando siempre por el retiro, logró con sus reverentes súplicas le permitiese restituirse á su convento de Padua, donde continuó en las funciones de su apostólico ministerio, y trabajó tambien algunas obras espirituales, que fueron de mucha utilidad á toda la Iglesia de Dios.

Apenas se puede comprender como un hombre de solos treinta y seis años, de muy delicada salud, y esa sumamente quebrantada por sus excesivas penitencias, pudo en tan poco tiempo conseguir tantos triunfos de los herejes; convertir un número sin número de pecadores; enseñar y predicar en las mas célebres ciudades con un séquito jamás oído; correr la Italia, la Francia, la Sicilia y la España con fruto tan universal, y llenar el mundo con la fama de sus hechos y portentosas maravillas; efectos prodigiosos del ardiente amor que profesaba á Jesucristo. Pocas almas le amaron con mayor ternura, y pocas fueron mas tiernamente amadas del Salvador. Comunicóle un elevado don de contemplacion; éranle muy frecuentes las revelaciones, los éxtasis y las visiones. Movido un dia de curiosidad el huésped que le tenia en su casa, quiso acechar lo que hacia en su cuarto, y le vió de rodillas con el niño Jesus en los brazos, que le estaba regalando con dulcísimas caricias; y en este tierno pasaje le representan los mas de sus retratos.

El que amaba con tanta ternura al Hijo, no podia menos de profesar una singularísima devocion á la Madre. Esta se puede decir que habia nacido con nuestro Antonio; por lo menos es cierto que en él se anticipó al uso de la razon. Dilatábasele el corazon cuando hablaba de esta Señora, acreditando sus amantes espresiones la ilimitada confianza que tenia colocada en ella. En sus sermones, en sus escritos y en sus conversaciones siempre se habia de hacer lugar á la devocion con la Virgen; y en sus necesidades era el recurso mas regular á algunos de los himnos que canta la Iglesia á esta soberana Reina.

Teniendo revelacion de su cercana muerte, se retiró á cierta ermita, que se llamaba Campiетро, distante una legua de Padua, para vacar á solo Dios. Pero duró poco este retiro; porque conociendo que ya estaba muy cercana la postrera hora, rogó á los frailes que estaban en su compañía le llevasen al convento. Tuvo el pueblo noticia de que le traían á él, y concurrió tanta

gente á recibirle, que temerosos los frailes de que le sufocasen, le metieron en el hospicio de los confesores del convento de Santa Clara, donde recibidos todos los sacramentos con el fervor y con la devocion que acostumbra los santos, pronunciando el himno: *O gloriosa Domina*, que le era tan familiar, entró en el gozo de su Señor el día 13 de junio del año 1231, á los treinta y seis de su edad, y á los diez de su ingreso en la religion de S. Francisco.

Luego que espiró se cubrió de luto toda la ciudad, y los niños corrian por las calles gritando: *El Santo ha muerto*. Hicieron las monjas de Santa Clara todo cuanto pudieron para quedarse con el precioso tesoro de su cuerpo; pero no lo consiguieron de los religiosos de S. Francisco. El entierro mas pareció triunfo que pompa funeral. El prodigioso número de milágrs que obró en su vida, y el de los que se repitieron en su glorioso sepulcro, movió al papa Gregorio IX, que le habia tratado y conocido, á mandar se procediese sin perder tiempo á las informaciones necesarias en orden á su canonizacion. Concluyéronse los procesos el año siguiente, y espidió el papa la bula en Espoleto en primero de junio de 1232; de manera, que la primera fiesta que se celebró de nuestro Santo (sin ejemplar hasta entonces) fué puntualmente el primer día aniversario de su preciosa muerte.

Treinta y dos años despues de ella hizo levantar la devocion de los paduanos una de las mas suntuosas y mas magnificas iglesias que se admiran en el universo, adonde fueron trasladadas sus reliquias. Descubrióse la caja, y se halló toda la carne consumida; pero la lengua, instrumento de tantas conversiones, así de herejes como de pecadores, tan fresca, tan rubicunda y tan hermosa como si el cuerpo estuviera vivo. Tomola en sus manos S. Buenaventura, general á la sazón de la orden, que asistió á esta traslacion; y teniéndola en ellas, exclamó diciendo: *¡O bienaventurada lengua, empleada siempre en alabar á Dios, y en hacer que otros le alabasen; tu incorrupcion muestra bien cuan agradable le fuiste!* Venérase hasta el día de hoy esta admirable reliquia colocada en uno de los mas primorosos y mas ricos relicarios que se conocen en todo el orbe cristiano. Todos saben la general devocion que profesan los fieles á este gran Santo y el universal recurso á su proteccion en todas las necesidades; pero singularmente para hallar las cosas perdidas. Ignórase cual fué el verdadero origen de este particular recurso; pero es verosímil no fuese otro que el haberse experimentado tan general su proteccion en todas las necesidades que acudía á ella la devota confianza. En un manuscrito muy antiguo

se lee que un gran devoto de S. Antonio, vecino de Lisboa, perdió un precioso anillo, dejándole caer por descuido en un pozo muy profundo; pocos días despues se cayó en el mismo pozo la herrada con que se sacaba agua de él; y habiéndola estraído un criado, se halló en el fondo de ella el perdido anillo, á cuya vista comenzó el criado á gritar: *Milagro, milagro*.

Todas las maravillas que cada día está obrando Dios por los méritos de este prodigioso Santo, se compendian en el siguiente responsorio, con que comunmente invoca la devocion á S. Antonio:

*Si quæris miracula, mors, error, calamitas,  
Dæmon, lepra fugiunt; ægri surgunt sani:  
Cedunt mare, vincula; membra, resque perditas.  
Petunt et accipiunt juvenes et cani.  
Percunt pericula, cessat et necessitas;  
Narrent hi qui sentiunt, dicant paduani.*

«Si buscas milágrs, hallarás que por la intercesion de san Antonio la muerte se retira, el error se desvanece, los trabajos cesan, el demonio huye, y la lepra se disipa. Los enfermos se levantan repentinamente sanos, el mar alborotado se sosiega, y se rompen las prisiones. Acuden á Antonio los jóvenes y los ancianos, así por los miembros como por las demás cosas que perdieron: recobran los primeros, y encuéntranse con las segundas. En una palabra, destierra los peligros, y ahuyenta la necesidad. Díganlo si no los paduanos, y publíquelo cuantos lo han experimentado.»

Las reliquias de S. Antonio se han distribuido en diferentes lugares de la cristiandad. En Padua se veneran la lengua y la mandíbula inferior, que se esponen á la pública adoracion en dos preciosísimos relicarios; en Lisboa un hueso de sus brazos, que fué enviado al rey D. Sebastian el año de 1570; y en Venecia la parte de un brazo, colocada en el suntuoso altar que la serenísima República erigió á S. Antonio en la iglesia de nuestra Señora de la Salvacion.

#### SAN FANDILA, PRESBITERO Y MÁRTIR.

SAN Fandila nació en Acci, ciudad episcopal fundada en el sitio que llaman Guádix el Viejo, distante poco mas de una legua de la actual ciudad de Guádix, al oriente y no lejos del río Fardes. Sus padres que eran cristianos y temerosos de Dios,

deseando que se perfeccionase en las letras, lo enviaron á Córdoba, cuyas escuelas gozaban entonces de grande reputacion. Empleó en los estudios aquella parte de edad que por lo regular gastan los jóvenes en diversiones y en pasatiempos; pero como á los conocimientos de la verdadera sabiduría, que se fundan sobre el sólido principio del santo temor de Dios, son consiguientes los deseos de aspirar á la virtud, quiso Fandila adquirirla por medio del estado mas perfecto, que es el religioso. Agradábale mucho la santa conversacion de los monges; pareciale muy bien sus arregladas costumbres, y enamorado de aquel género de vida, resolvió abrazarla para conservar su inocencia, retirado totalmente de los peligros del siglo. Reconoció los monasterios de Córdoba, y eligió entre todos el Tabanense, célebre entonces por el fervor de su observancia religiosa, y por el grande número de individuos que florecian en él con el mas alto concepto de santidad. Constituido en el claustro no es fácil explicar los grandes progresos que hizo el ilustre jóven en poco tiempo bajo la enseñanza del abad Martin, uno de los varones mas esclarecidos de su época; de forma que portándose el mas humilde, el mas obediente, el mas exacto, y el mas mortificado de todos los individuos de aquella comunidad, le miraban desde luego los monges como el modelo mas cabal de la perfeccion religiosa.

Espacióse la fama de la eminente virtud de Fandila por todos los monasterios del territorio de Córdoba, y deseando los monges del de S. Salvador, fundado por los padres de Santa Pomposa, al norte de Córdoba, al pié de Peñamelaria ó Peña de la miel, gozar del sabio y del prudente gobierno de un hombre tan celebrado, hicieron varias instancias á los del Tabanense para que les concediesen por padre á Fandila. Sintió éste en el alma semejante solicitud; pero aunque procuró excusarse por cuantos medios le dictó su profunda humildad, se vió precisado á encargarse del empleo de abad del espresado monasterio, sacrificando la repugnancia que tenia de mandar al beneficio común que pudiera resultar de su gobierno.

La nueva dignidad solo sirvió para que brillasen mas sus virtudes, puesto en mas eminente candelero. Su fervor y su ejemplo mas que sus sabias exhortaciones eran las lecciones con que alentaba á sus súbditos á que aspirasen á la cumbre de la perfeccion á que eran llamados; y supo gobernarles con tanto zelo, con tanta prudencia, y con tanta santidad, que se conoció desde luego quanto puede la virtud cuando los empleos la dan ocasion para manifestarse.

Vivia el insigne abad tan distraido de las cosas de la tierra, y tan engolfado en las del cielo, que suspiraba continuamente como otro Pablo por verse libre de los vínculos carnales para unirse con Cristo. Habia mucho tiempo que deseaba con vivas ansias presentarse á derramar su sangre en defensa de la fe para alentar con su ejemplo á los cristianos, que intimidados con el decreto que obtuvo Mahomet de los obispos, se hallaban en inaccion de aquellos hechos heroicos que ennoblecieron el valor de los profesores de nuestra santa religion en los gloriosos combates contra los enemigos de ella; y animado de este impulso bajó á Córdoba, y presentándose ante el tribunal del juez árabe, comenzó á predicar las infalibles verdades del Evangelio, exhortando con maravilloso brio á todos los oyentes á que desistiesen de los enormes delirios, y de las ridiculas necedades que prescribió en su ley el falso profeta Mahoma. Quedó sorprendido el juez á vista de una accion tan inesperada, y graduándola por uno de los mayores atentados, mandó poner á Fandila entre los malhechores en un oscuro calabozo cargado de pesadas cadenas. Hizo el juez relacion al rey Mahomet del extraño suceso, y reflexionando el bárbaro principe que era Fandila el primero que se habia atrevido á quebrantar sus decretos, mandó prender al obispo que entonces gobernaba la iglesia de Córdoba, queriendo vengar en el pastor el agravio del súbdito. Mas como el obispo huyendo hubiese escapado de su furor, mandó el rey decapitar á Fandila inmediatamente, y que ejecutado el castigo, pusiesen su cadáver á vista de la ciudad, para que sirviese de escarmiento á los cristianos que se atreviesen á seguir su ejemplo. Fueron ejecutadas sus órdenes en el dia 13 de junio del año 853, y desde aquel punto se celebró la memoria del ilustre mártir en Córdoba. Quiso tambien la ciudad de Guadix acreditar su estimacion para con aquel que miraba como honor inmortal de su patria, bajo cuyo supuesto estableció en ella su festividad el ilustrisimo obispo D. Juan de Fonseca á instancias de D. Diego de la Cruz y Savedra, á la que por voto asiste la ciudad, donde se erigió en honor del Santo una ilustre cofradía, que aprobó D. Juan de Cobarrubias, prelado que fué de la misma iglesia.

*La misa es en honor de S. Antonio de Padua, y la oracion la siguiente:*

Haced, Dios mio, que la so- sor Antonio regocije toda la lemne festividad de tu confe- Iglesia; para que fortificada

con los socorros espirituales, eternos. Por nuestro Señor Jemerezca disfrutar los gozos sucristo, etc.

*La Epístola es del cap. 4 de la primera que escribió el apóstol S. Pablo á los Corintios.*

Hermanos: Estamos hechos espectáculo para el mundo, para los ángeles y para los hombres. Nosotros estultos por Cristo, y vosotros prudentes en Cristo: nosotros débiles, y vosotros fuertes: vosotros gloriosos, y nosotros deshonrados. Hasta esta hora tenemos hambre y sed, y estamos desnudos, y somos heridos con bofetadas, y no tenemos donde estar, y nos fatigamos traba-

jando con nuestras manos: somos maldecidos, y bendecimos; padecemos persecucion, y tenemos paciencia; somos blasfemados, y hacemos súplicas; hemos llegado á ser como la basura del mundo y la hez de todos hasta este punto. No os escribo estas cosas para confundiros; sino que os aviso como á hijos míos muy amados en Cristo Jesus nuestro Señor.

#### REFLEXIONES.

Es la virtud cristiana como cierto género de espectáculo para el mundo, que no acierta á comprender como es dable que la virtud sea plausible; lo es para los ángeles, que admiran en ella la fuerza de la gracia; y lo es tambien para los hombres, que la reconocen por único origen de la verdadera felicidad. Andase en busca de milagros, y acaso ninguno hay, ni mas estupendo, ni mas universal, ni que deba dar mas golpe, como tanto número de almas santas, de personas religiosas que son el espectáculo de su siglo. No se repara tanto en el milagro, por ser mas frecuente; pero no porque sea mas frecuente es menos milagro. Enciérranse muchos en los claustros, en la vida retirada, y en las virtudes escondidas de tantas virtuosas almas. Un joven único heredero de una ilustre casa, y opulentos mayorazgos, adornado de cuantas nobles prendas se pueden desear, solicitado de todos los halagüeños atractivos del mundo, en aquella edad que se considera la florida sazón de todas las diversiones; á la entrada de una carrera donde todo le brinda, todo le halaga, todo se le rie; este joven sacrifica sus riquezas, sus prendas, su nobleza, y hasta sus mismas esperanzas, posponiendo por amor de Jesucristo todo el esplendor de que el mundo se alimenta, á una vida oscura, pobre, humilde y penitente. Pre-

gunto: ¿tendrán mucha parte en esta maravilla ni la razon natural ni los sentidos?

Una bizarra doncella en la flor de su edad, distinguida por su noble nacimiento, pero mucho mas por su hermosura, por su discrecion y por su despejo; tan rica como entendida, y tal vez idolatrada de todo un pueblo, prefiere generosamente un grosero velo, un rústico sayal en que se amortaja y entierra, á todo el fausto y aparato de joyas y de galas, que naturalmente idolatraria ella misma. Bien sé que estos milagros de la gracia se suelen atribuir á caprichos del humor, ó á diferencias del genio; pero examínense mas de cerca, descúbranse los motivos, considérense las consecuencias, compárese todo con nuestra natural flaqueza, y se hará patente el milagro mas claro que el mediodia.

Nosotros, dice el apóstol S. Pablo, *nos hemos hecho insensatos por amor de Jesucristo.* Lo mismo pueden decir á cada paso tantas personas verdaderamente virtuosas que tienen horror á la prudencia de la carne, y por lo mismo están reputadas en el mundo por unas pobres simples. ¿Pero qué importa? ellas son las verdaderamente sabias. Es cierto que su sabiduría es muy superior á las limitadas luces de la razon natural; no pueden llegar á ella todos los alcances del entendimiento humano; es una sabiduría infalible, porque es la fe, y es el mismo Jesucristo quien la arregla; miresela con reflexion, y se descubrirá el milagro con todos sus efectos.

*Padecemos hambre, sed y desnudez, continua el Apóstol, nos echan maldiciones, y correspondemos con bendiciones; nos ultrajan de palabra, y hacemos oracion por los que nos ultrajan.* ¿Llegó jamás á tanto la filosofia mas disimulada, la mas ambiciosa, ni la mas perfecta? ¿esos llamados sabios de la Grecia supieron nunca obrar por motivo de pura y neta virtud? ¿aquella su afectada tranquilidad, aquel desprecio de las injurias, no era efecto de la mas fina venganza? ¿el afectado y grosero menosprecio de las comodidades de la vida, no era fruto de un orgullo refinado? Hablando en rigor, no hay virtud maravillosa fuera de la religion cristiana; su ley, sus máximas, sus dogmas, todos son prodigios, todas maravillas. Solamente los ciegos no conocen el milagro.

*El Evangelio es del cap. 12 de S. Lucas, y el mismo que el dia XII, pág. 201.*